

no se convierte á penitencia teniendo un Padre tan tierno y tan bueno? Bendice, alma mía, al Señor, y cuanto hay en mí bendiga su santo nombre; bendice, alma mía, al Señor, y no te olvides de sus beneficios. No los olvidaré, nó; muy al contrario, cantaré para siempre las misericordias de mi Dios.

PUNTO II.—Considera que la misericordia de Dios dispensa al pecador favores extraordinarios que no concede al justo. Así lo demuestra la conclusión de la parábola. Y dijo el padre á sus criados: traed al punto el vestido más precioso y vestidlo, poned un anillo en su mano y calzado en sus pies; y traed un ternero cebado, y comamos y celebremos un banquete; porque este mi hijo había muerto y ha resucitado, se había perdido y lo he encontrado. Entonces el hijo mayor dio quejas á su padre, diciéndole: yo te he sido siempre fiel y, sin embargo, no has practicado conmigo estos excesos de bondad; y al hijo que te ha sido ingrato, que ha disipado su patrimonio, le preparas un suntuoso banquete; y el padre le contestó: hijo, tu siempre estás conmigo y todos mis bienes son tuyos. ¡Oh munificencia de Dios con el pecador! Con mucha verdad nos dice el Evangelio, que habrá mayor gozo en el cielo por la conversión de un pecador, que por la perseverancia de noventa y nueve justos. Dios quiere que el hombre, cuando vuelve hacia él, sienta cuán dulce es el Señor; por eso lo regala con profusión, para que se aficione á su servicio y no lo abandone jamás. El justo, que ya ha gustado las delicias de la virtud, que posee el corazón de Dios y con él todos los bienes, debe sufrir la privación de muchos consuelos para merecer mayor premio y mayor gloria. Para el pecador arrepentido son las dulzuras; para el justo, las aflicciones.

PUNTO III.—Considera que María es Madre de gracia y misericordia. Su corazón maternal es el trono adonde debe acudir el miserable en busca de socorro.

Nuestro Señor Jesucristo es el autor de la gracia y la fuente de la misericordia, y ha hecho á María depositaria de todos sus tesoros. Ella es el arca de la alianza que contiene, no los tablas de la ley, sino al mismo legislador Cristo Jesús. tipo de todas las figuras y término de todas las profecias, que ha sellado con su sangre la nueva alianza y el Nuevo Testamento. Por eso toda gracia nos viene por María; y así como no podemos acercarnos al Padre sino por Jesucristo, no podemos acercarnos á Jesucristo sino por María. ¡Oh Virgen clementísima! somos unos pobres pródigos, alejados voluntariamente de la casa paterna, y recurrimos á tí para que nos presentes á tu Hijo y Señor nuestro; muy mal nos ha ido lejos de su compañía, y queremos que tú intercedas con él para que nos reciba, siquiera como sus criados; no merecemos ser sus hijos, pero deseamos ser sus servidores. Alcánzanos esta gracia ¡oh Madre nuestra! por tus entrañas de misericordia.

X

MEDITACIÓN SOBRE LA IMITACIÓN DE JESUCRISTO

PUNTO I.—Considera que el cristiano debe imitar á Jesucristo, como único modelo. El primer hombre se perdió por querer asemejarse á Dios, y nosotros debemos salvarnos, asemejándonos á Jesucristo. Él nos dice: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”. Caminemos, pues, por la senda que nos trazó con su sangre; sigamos su enseñanza que es prenda de salud; vivamos con su vida, para poder decir con el Apóstol: “Vivo yo, mas no soy yo; Jesucristo es el que vive en mí”. ¿Qué quiere decir cristiano? Cristiano quiere decir discípulo de Cristo. Sólo merece, pues, este nombre el que imita

la conducta del Hijo de Dios. ¿La has imitado tú? Compara tu soberbia con su humildad; tu ira con su mansedumbre; tu envidia con su caridad; tu amor á la riqueza con su pobreza; tus placeres con su cruz; en fin, tu vida con la suya; y te avergonzarás de llamarte cristiano. Dios Padre no ha predestinado sino á los que previó serían conforme á la imagen de su Hijo; Jesucristo es, pues, el jefe de los predestinados; si no lo sigues, serás del número de los réprobos. ¡Oh! qué dolor causa ver á casi todos los fieles por el camino de la perdición, y á Jesucristo seguido de unas pocas almas por el camino del cielo! No seas tú del número de aquellos; piensa lo que Jesús pensó, desea lo Jesús deseó, practica lo que Jesús practicó, y merecerás reinar con él y sus santos en la patria celestial.

PUNTO II.—Considera que para imitar á Jesucristo son necesarias tres cosas: negarse á sí mismo, tomar su cruz y seguirlo. Nuestro divino Salvador se negó á sí mismo porque nunca tuvo voluntad propia; y porque su alimento y su bebida eran hacer la voluntad del Padre celestial. Así deben ser todos los cristianos. Están obligados á sacrificar sus pasiones á la razón, sus gustos é inclinaciones á la ley del Señor, su voluntad á la de Dios. En esto consiste la negación de sí mismo tan recomendada en el Evangelio. Nuestro divino Redentor llevó su cruz con invicta paciencia. Su pobreza, sus humillaciones, los desprecios, las injurias, su pasión y muerte: he aquí el amargo cáliz que hubo de consumir. ¡Qué amargo no sería, cuando rogó á su Padre que, si era posible, lo dispensase de beberlo! Todo discípulo de Jesucristo debe llevar su cruz, á ejemplo de su divino Maestro. Las enfermedades, los trabajos, las aflicciones, la pérdida de los parientes ó de la fortuna y aún de la misma vida, todos estos sufrimientos deben sobrellevarse con resignación al principio, para experimentarlos después con alegría, á fin de exclamar con el

Apóstol: “Yo no me glorío en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo ha sido crucificado para mí y yo crucificado para el mundo”. Por último, el cristiano negado así mismo y cargado con su cruz, debe seguir á Jesucristo por el camino del Calvario; aprendiendo de este Cordero inmaculado á ser manso, humilde, obediente, resignado: santo, en una palabra, á fin de cumplir este mandamiento suyo: “Sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial!”. ¿Has procurado poner en práctica estós medios para imitar á Jesucristo? Hasta ahora en nada has pensado menos que en esto; sin embargo de que en esto sólo debieras pensar.

PUNTO III.—Considera que María es la mas perfecta copia de Nuestro Señor Jesucristo. El Verbo eterno hecho hombre es el tipo de toda justicia y santidad; por eso, no ha habido en la antigua ley, ni habrá en la nueva, un justo ó santo que no haya sido hecho conforme á su imagen; siendo más ó menos perfecto, según que se parezca más ó menos á este divino original. Dios Padre, al decretar en su eterno consejo la encarnación de su Hijo, predestinó á María para que fuese Madre de su Unigénito y la adornó de tal número de gracias que fuera el vivo retrato de su Verbo humanado. De esta manera se enlazan en la mente divina Jesús y María: Jesús, tipo de María; María, Madre de Jesús; María Madre temporal de Jesucristo y concebida por Dios como su imagen más perfecta; Jesucristo, tipo eterno de María y destinado á ser su Hijo temporal. ¡Oh María! Te pido por tu grandeza y por tu gloria que copies en mi tu bendita imagen, á fin de que pueda ser discípulo de Jesucristo.

XI

MEDITACIÓN SOBRE EL AMOR DE DIOS

PUNTO I.—Considera que estamos obligados á amar á Dios sobre todas las cosas. Habiendo preguntado un doctor de la ley á Nuestro Señor, cuál era el primero de los mandamientos, respondió: “Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas”. No puede estar más expreso el precepto de amar á Dios. Entendámoslo bien para cumplirlo mejor. Amar á Dios con todo el corazón, quiere decir amarle con preferencia á todas las cosas, no amar nada más que á Él, y amarlo todo en Él y por Él. Él mismo nos pide el corazón diciéndonos: “Hijo mío, dame tu corazón”, ¿tendremos valor para negárselo? Amar á Dios con todo el alma significa, aplicarse con mucha atención á su amor, emplear todos sus sentimientos en servirlo y todas sus potencias en glorificarlo. ¿Y qué mejor uso podemos hacer de nuestro espíritu y de nuestro cuerpo que consagrarlos á su servicio? Amar á Dios con todo el sentimiento quiere decir, conocer, cuánto sea posible, sus infinitas perfecciones para amarlo más y más cada día; buscar siempre nuevos motivos de amor y creer firmemente las verdades reveladas. ¡Qué dicha la de poder emplear su inteligencia en conocer á Dios! Finalmente, amar á Dios con todas las fuerzas significa vencer todos los obstáculos que se opongan á este amor y rodearse de todos los medios que conduzcan á aumentarlo. ¡Qué felicidad la de poder usar sus fuerzas para gloria de Dios y bien de su alma! He aquí el amor que le debemos á Dios. ¿Lo tienes tú? ¿Lo tienen la mayor parte de los hombres? Al ver la indiferencia con que los hombres tratan á Dios, podría

uno colocarse en esta disyuntiva: ó el Dios de los cristianos es un Dios de farsa; ó los hombres tienen la figura del hombre y la conducta del bruto.

PUNTO II.—Considera que el verdadero amor de Dios tiene sus caracteres que lo distinguen del falso. En primer lugar, debe ser vivo y ardiente; esto es, debe inflamar nuestro corazón y purificar nuestras acciones; abrasar nuestro espíritu y depurar nuestro ser en agradable holocausto á su divina Majestad. En segundo lugar, debe ser generoso. El que ama no omite sacrificio ninguno para agradar á la persona amada. Así lo demuestra con su ejemplo Jesús, el más fino de todos los amantes: inmolado por nuestro amor en el Calvario, parece que nos dijera: Aprended á amar á Dios, como yo os he amado. En tercer lugar, debe ser eficaz. El Apóstol San Juan nos lo enseña así: “No amemos, dice, con la palabra ó con la lengua, sino con las obras y en verdad”. Y Nuestro Señor Jesucristo enseña, que no lo ama el que no guarda sus mandamientos. En cuarto lugar, debe ser desinteresado. El que ama á Dios debe amarle por quien es, por su infinita belleza é infinitas perfecciones, prescindiendo de todo interés que, aunque no mate el amor, le quite su pureza. En quinto lugar debe ser constante. Dios es siempre el mismo; los motivos que el hombre tiene para amarlo son siempre poderosos; el precepto que le impone este amor es siempre obligatorio. Estos son las principales cualidades del verdadero amor de Dios. Si reconoces que le faltan, trabaja por conseguir las.

PUNTO III.—Considera que María amó á Dios con todo el amor de que es capaz una criatura. Iluminada desde el instante de su concepción con la luz superior de la gracia, conoció la belleza infinita de Dios y su corazón se adhirió á él con fuertes lazos de amor. Se desposó con su amado y fue esposa fidelísima. Nunca se ocupó sino de agradarlo, nunca pensó sino en ser-

virlo. Su amor á Dios era tan perfecto que lo complacía más que el de todos sus Angeles. ¡Oh Madre amabilísima! interésate con tu divino Hijo, para que prendida en mi corazón la llama de la caridad, de esta preciosa virtud más excelente que la fe y que la esperanza, porque las corona y complementa á todas. Yo sé que un acto de amor de Dios es lo más sublime que se puede concebir; que si el infierno fuera temporal, y hubiéramos de sufrirlo para hacer después un sólo acto de amor á Dios, muy poco sería para tan gran felicidad. En tí espero, pues, ¡oh Virgen amante de Dios y de los hombres!; de tu intercesión me prometo la gracia de amar á Dios con todo mi corazón.

XII

MEDITACIÓN SOBRE EL ESPÍRITU DE PENITENCIA

PUNTO I.—Considera que todo pecador debe hacer penitencia de sus pecados. El pecado es un trastorno del orden moral y es preciso que se restablezcan el orden por la debida sanción. El pecador ofende á Dios; de manera que, si no se castiga á sí mismo, será castigado por Dios. Llorando sus pecados durante su vida, satisfará á la Justicia divina; y dejando á que tome vindicta, sufrirá las penas del infierno. ¡Qué eliges, la penitencia en esta vida ó el infierno en la eternidad? Sin duda lo primero, porque no se puede comparar el consuelo de la penitencia con los tormentos del infierno. ¡Oh Dios infinitamente misericordioso, Yo soy un publicano que penetrado de dolor vengo á implorar tu piedad; soy un paralítico y te pido, ¡oh Médico divino! que cures mi enfermedad; soy un hijo pródigo que vuelvo á tu casa, ¡oh Padre mío!, confia-

do en tu misericordia. Verdaderamente he errado como una oveja que perece; pero; ya vuelvo á tí Señor, que veniste á buscar y hacer salvo lo que había perecido. A tí sólo ofendí, é hice el mal en tu presencia; mas, esta es la ocasión de que brille tu gloria, si me concedes tu misericordia, según tu promesa. Entonces, Dios mío, vencerás á los que te juzgan rígido y vengador, haciéndoles ver que eres bueno y misericordioso. Mas yo, Señor, que conozco cuánta es tu clemencia y bondad, me vuelvo á tí lleno de confianza, en que no me arrojarás de tu presencia. Compadécete de mí, Señor, según tu grande misericordia.

PUNTO II.—Considera que la penitencia no debe diferirse bajo ningún pretexto. Dos son las principales redes en que el demonio coge á los pecadores: la esperanza de una larga vida y el pensamiento de la misericordia divina. Infinito es el número de los necios, dice el Espíritu Santo; por eso es infinito el número de los que difieren la penitencia hasta la muerte. No seas tú de este número; no camines con ellos, y prohíbe á tus pies que sigan sus huellas. Cuando les sobrevenga una calamidad súbita, cuando los sorprenda la muerte como una tempestad, cuando venga sobre ellos la tribulación y la angustia, entonces invocarán al Señor y no los oirá, porque hubo un tiempo en que se burlaron de sus consejos y despreciaron sus mandatos. Muchos hombres creyeron convertirse en sus últimos momentos, y ahora son, en el infierno, pasto de las llamas. ¡Cuántos otros se pierden confiando en la misericordia divina! Es cierto que Dios es el Padre de las misericordias; pero, su misericordia no es razón para que provoques su ira con más frecuencia; para que, después de haberlo saciado de oprobios á tu placer, todavía te prometas confiadamente su misericordia. Tiembla; no sea que por el desprecio de la misericordia, te entregue

Dios á tu sentido réprobo y vayas en adelante en pos de los deseos de tu corazón, haciéndote indigno de la misericordia y quedando reservado para la justicia. Si no haces penitencia; serás impenitente; esto es, te olvidarás de tí mismo en el momento de tu muerte, así como te has olvidado de Dios durante la vida.

PUNTO III.—Considera los agudos dolores que pasaron el corazón de la dulce María, Ella era pura é inmaculada; nada tenía que expiar; nada debía á la Justicia divina; pero, su misión de Corredentora del linaje humano, le imponía la obligación de sufrir por los pecados de los hombres. Por tí ha sufrido, pues, María penas intensísimas. Agradécelas con afectos de amor y reconocimiento. Prométele que harás penitencia de todos tus pecados y pídele por sus dolores, una verdadera contrición de todas tus culpas. Instale para que te consiga del Señor el verdadero espíritu de penitencia; no esa penitencia exterior de que hacía mérito el Fariseo, sino el vehemente dolor que experimentaba el Publicano. Humíllate en su presencia, si quieres conseguir esta gracia. Un corazón soberbio no puede encontrar misericordia en su humilde corazón. Reconoce tu miseria, á fin de excitar su compasión.

XIII

MEDITACIÓN SOBRE EL AMOR DEL PRÓJIMO

PUNTO I. — Considera que estamos obligados á amar al prójimo como á nosotros mismos. Este es el segundo precepto de la ley, semejante al primero. Nuestro Señor Jesucristo ha hecho del amor al prójimo la señal del verdadero cristiano. “En esto, dice, conocerán que sois mis discípulos: si os amareis los unos á

los otros”. Nos enseña también que éste es un mandamiento nuevo. “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis recíprocamente, como yo os he amado”. Nuestro Señor Jesucristo no ha amado hasta poner su alma por nosotros; y nosotros debemos amar á nuestros hermanos hasta sacrificarnos por ellos. El amor al prójimo es el signo inequívoco del amor á Dios; porque “El que ama al prójimo cumple la ley” y sólo el que ama á Dios guarda sus mandamientos. De la misma manera; la falta de este amor es prueba de que no amamos á Dios; porque “El que no ama á su prójimo á quien ve, ¿cómo amará á Dios á quien no ve?” Si hasta ahora no has abrigado en tu corazón la caridad para con el prójimo, ten entendido que no has amado á Dios.

PUNTO II.—Considera que el amor del prójimo tiene sus caracteres que lo dan á conocer. Estos caracteres son los del amor de sí mismo, que es su medida. En primer lugar, debe ser verdadero. Debemos amar al prójimo por sí mismo, y no por la utilidad que nos resulte ó el placer que disfrutemos. En segundo lugar, debe ser ordenado; esto es, que no debemos amar al prójimo tanto como á Dios ni más que á Dios. Este orden lo enseñó el Señor diciendo: “El que ama al padre ó á la madre más que á mí, no es digno de mí, y el que ama á su hijo ó á su hija, más que á mí, no es digno de mí”. En tercer lugar, debe ser eficaz. El amor que no se manifiesta por obras es hipócrita y fingido. Los que así aman, “hablan en paz con su prójimo y maquinan contra él en su corazón”. En cuarto lugar, debe ser perseverante. El Espíritu Santo dice que “el verdadero amigo ama en todo tiempo y que el hermano se prueba en las angustias”. Esto es, que debemos amar al prójimo siempre, tanto en la prosperidad como en la adversidad. En quinto lugar debe ser justo y santo. No debemos amar al prójimo

para el pecado; sino para Dios, procurando inducirlo á la práctica del bien y apartarlo del mal. En sexto lugar debe ser universal; esto es, que debe comprender aun á los mismos enemigos. Nuestro Señor Jesucristo lo manda expresamente: Amad á vuestros enemigos, dice; haced bien á los que os aborrecen; orad por los que os persiguen y calumnian". El mismo nos dio el ejemplo cuando oró por sus verdugos, diciendo: "Padre, perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores"; ¿amamos de corazón á nuestros enemigos?; ¿lo hacemos siquiera con nuestros prójimos?; ¿tiene nuestro amor las cualidades del verdadero amor? Procuremos contestar á estas preguntas con nuestra buena conducta, para evitar que Dios nos las haga en su divino tribunal.

PUNTO III.—Considera el grande amor de María hacia todos los hombres. Los pecadores la interesan, porque es su abogada; los justos la preocupan, porque es su protectora; los hombres todos llaman su atención, porque es Madre de todos ellos. ¡Ojalá que tuviéramos para con nuestros prójimos una caridad semejante á la de María! ¡Ojalá que fuéramos todos una sola cosa, en el corazón de esta madre caritativa! Ella hace con nosotros todos los oficios de misericordia. Nos consuela cuando estamos afligidos, nos alegra cuando estamos tristes, nos visita cuando estamos solos, nos cura cuando enfermamos, nos resucita cuando morimos: ¡oh, qué amor tan especial, qué caridad tan perfecta! Procuremos imitarla, favoreciendo á nuestros hermanos en cuanto nos sea posible. Desterremos de nuestro corazón el egoísmo que enfría la caridad, y estemos en disposición de dar la vida, si fuese necesario en favor de nuestro prójimo. Abrigando este sentimiento seremos, en todo rigor, hijos de María.

XIV

MEDITACIÓN SOBRE LA HUMILDAD

PUNTO I.—Considera que el cristiano debe ser humilde como lo fue Nuestro Señor. El mismo quiere que lo imitemos en esta virtud. "Aprended de mí, dice, que soy manso y humilde de corazón". La humildad consiste en el conocimiento de sí mismo; y como nosotros nada somos, nada podemos y nada valemos; debemos estimarnos en poco y tener de nosotros mismos un bajo concepto. Y ¿cómo me atreveré á ensoberbecerme yo miserable gusano de la tierra, cuando te veo á tí, Dios mío, humillado hasta sufrir una muerte ignominiosa? La humildad es premiada por Dios con un sinnúmero de bendiciones. La Escritura enseña que "la oración del humilde penetra las nubes"; que "Dios depone al poderoso y exalta al humilde"; que "resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes"; que "es preciso hacerse pequeño, para entrar al cielo". ¡Oh santa humildad!, ¡qué de prodigios haces en las almas que te poseen! Las levantas hasta el trono de Dios, de lo más profundo de su miseria; las pones en comunicación íntima con Él y las haces participantes de sus secretos. Por eso dijo Jesucristo, refiriéndose á los humildes: "te glorifico, Padre y Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y entendidos y las has descubierto á los párvulos" ¡Oh Jesús mío!, por la profunda humildad de que nos diste ejemplo, naciendo en un pesebre y muriendo en una cruz, concédenos esta preciosa virtud, para que, imitándoos en la tierra, os gocemos en el cielo.

PUNTO II.—Considera que, tanto en el orden de la naturaleza, como en el de la gracia, tienes motivos pa-